Arte ecofeminista

Josefina Silva Farías

Universidad de Colima

Anecdotario

Nací siendo sencillamente criatura, un montón de células con vida, pegada al lomo de la Madre Tierra por fuerza gravitacional y surgida de mi madre, con la intervención biológica de mi padre.

Tuve la experiencia de crecer en un contexto de campesinos que habitan unas montañas de Manzanillo, donde lo cotidiano era la música de mariachi, los cultivos de maiz, frijol, hortalizas, la caña con sus derivados dulces y el maguey con su elaboración de mezcal. Por supuesto esto no era un cuento de hadas con valles verdes y niños/as eternamente felices. Los/as niños/as trabajábamos con utensilios pequeños en las labores de los/as adultos/as, y ciertamente, nacer siendo biológicamente mujer, en un ambiente tipicamente machista, no era lo más adecuado.

Entonces, aprendí que ser mujer estaba mal y que debía compensarlo haciendo dobles labores: las típicas del hogar (comida, aseo, servir a los caballeros) y las típicas de los hombres, pues en éstas últimas es donde se podía demostrar que eras capaz de trabajar al "nivel" de alguien útil: los varones. Aprendí que jugar era malo, que rezar era bueno, que estudiar era inútil, que casarse era el futuro, que el amor debía doler, que ser libre era pecado y que la violencia era cosa normal. Lo aprendí muy bien, pero no estuve de acuerdo.

Con el tiempo, mi madre decidió dejar esas montañas y con ellas mucho de esa hostilidad. Entonces, cada quien se quedó con su tramo de historia.

Así, cual animal salvaje, me vi inmersa en una sociedad desarrollada a la que me costó muchos años acoplarme: desde asimilar un beso filial, entablar una conversación o memorizar las vocales. Pronto aprendí a leer, escribir y sacar cuentas, seguido de ello, empecé a dibujar, pintar y ganar premios; y pronto, ya estaba estudiando artes plásticas y después, artes visuales. En este proceso, de vez en cuando, me visitaba algún

aroma de hierba silvestre, de tierra sana, de encinos y barro; y vi la ciudad con sus montañas de basura y respiré el humo de los autos; y vi árboles derrumbados y toneladas de pavimento; y vi también niños/as creciendo y aprendiendo que herir a la Tierra es lo "normal"; y vi, y viví aquí en la ciudad, como en los cerros, la violencia, el rezago y la explotación por ser mujer. Entonces, junté los pedazos de toda mi historia, sumados a otras historias y me sembré en la tierra, como artista, como ecologista, como feminista: como mujer artista ecofeminista.

Por eso digo que no se nace siendo artista o ecologista o feminista, vaya, ni siquiera se nace siendo plenamente hombre o mujer (culturalmente hablando). Simplemente *se es*, y con la vida, te descubres, te nombras, te transformas y vuelves a *ser*.

Considero que todo/a creador/a de arte debe transitar un camino hacia dentro, pasando por todas sus fronteras. Creo firmemente que si el arte no sigue con honestidad los procesos de vida de quien lo ejecuta, deja de tener verdad; sé también, que luego de elaborada, la obra artística queda libre y con vida propia, para verse en la realidad de quien la observa.